



Loïc Wacquant

Las cárceles de la miseria

Manantial, Buenos Aires, 2000, 186 págs.

El temor invade a nuestra sociedad. Se teme a la agresión personal o al robo, a los accidentes o a las catástrofes (naturales o no). La soledad, el anonimato, generan frustraciones y miedos, pero también la pérdida de la intimidad, la multiplicación de los controles sociales. Las grandes concentraciones humanas pueden llegar a dar miedo, pero también lo dan las ciudades vacías en los fines de semana o durante las vacaciones. Los centros comerciales substituyen a las calles y a las plazas. Las áreas residenciales socialmente homogéneas se convierten en fortificaciones cerradas. Los sectores medios y altos se protegen con policías privados. Los servicios privados predominan sobre los públicos.

Los temores del ciudadano, algunos con existencia objetiva, como aumento de la delincuencia, las expresiones diversas de la violencia urbana, el deterioro ambiental, la falta de empleos, etc., y otros producto de ideologías de clase o de grupo, el temor a los homosexuales, a los pobres como direc-

tamente responsables de los males que aquejan a las sociedades, son apoyados y sustentados la mayoría de las veces por los medios de comunicación que operan como intermediarios para realizar una lectura de la realidad (Reguillo 1998:26)¹.

Existe un conjunto de situaciones concretas que se viven en las ciudades actualmente y que provocan ese sentimiento de inseguridad por parte de los ciudadanos, pero que además (de manera peligrosa) están siendo utilizados como justificación para las medidas de control y vigilancia que se están implementando en los países.

Una de estas medidas aparece en los años ochenta en Washington y Nueva York, donde se busca instalar una nueva razón penal. Los organismos de Estado implementan políticas penales ultra represivas, con alta participación del sector privado, construyendo una nueva *doxa* punitiva. El libro *Losing Ground*, de Charles Murray², se convierte en un verdadero catecismo de los luchadores contra la violencia social. El texto abre el camino para la popularización de discursos y dispositivos represivos contra los “desórdenes” protagonizados por pobres. Desde ese entonces se dan una serie de producciones que sustentan y enfatizan este tipo de discursos, y que ubican el origen de la miseria norteamericana en la anarquía familiar de los pobres, quienes acceden a un asistencialismo social que pervierte el deseo de trabajar, daña la familia patriarcal y deteriora el fervor religioso. Estas políticas son

un instrumento de legitimación de la gestión policial y judicial contra la pobreza. Ante las medidas propuestas, la sociedad norteamericana reacciona favorablemente, sobre todo si se trata de mantener el equilibrio económico y preservar la seguridad que se ve amenazada por estos nuevos pánicos morales, provocados por las violencias urbanas cuya emergencia se adjudica a los denominados “barrios sensibles”.

A partir de estas exposiciones se arman las principales líneas de trabajo que harán de Nueva York el centro mundial de la difundida práctica de la “tolerancia cero”, que perseguirá a la delincuencia juvenil, los mendigos, los vagabundos, los niños de la calle, los vendedores ambulantes, los invasores extranjeros, con el fin de alejarlos de los centros urbanos. William Bratton, responsable de la seguridad del Metro de Nueva York y jefe de la Policía Municipal ejecutará su trabajo orientándose por este camino, advirtiendo claramente: “yo sé dónde está el enemigo”. Los enemigos de este experto son aquellos a los que considera parásitos que generan la decadencia social y moral de la ciudad, estos son los *squeegee men* (gente que acosa a los automovilistas), los pequeños vendedores de droga, las prostitutas, los vagabundos, los mendigos y los jóvenes graffiteros. Y se dedica a luchar contra sus nocivas prácticas: tráfico, ruidos molestos, amenazas, suciedad, ebriedad. Bratton considera que los pequeños crímenes pueden desembocar en crímenes mayores que se escapan al control de las instituciones. Desde 1994, la “tolerancia cero” conocerá un inmenso éxito que se propagará rápidamente hacia Europa.

Con estas condiciones de fondo, Loïc Wacquant busca un acercamiento a lo que esta política ha significado tanto en EEUU como en Europa y su actual expansión hacia América Latina. Su interés está en en-

1 Rossana Reguillo, 1998, *Mapas nocturnos*, Ediciones Siglo del hombre, Santa Fé, Bogotá.

2 A quien Loïc Wacquant define como politólogo de reputación mediocre, ex gurú de Reagan. Murray recibió 30 mil dólares para escribir durante dos años *Losing Ground: American Social Policy, 1950-1980*. Luego de su publicación, se hizo una inmensa publicidad del libro con la participación de periodistas, burocratas, y especialistas. El *Manhattan Institute* realizó un simposio lanzándolo a la fama.

tender los procesos de marginalización urbana en las grandes ciudades y las respuestas institucionales ante estos. El autor analiza la miseria, el delito y la marginalización como una producción social inevitable de una sociedad que progresa, donde esta idea de producción implica que todos los actores intervienen en tanto agentes, y la respuesta que genera por parte de las instituciones es la constitución de un “Estado penal” con un discurso que criminaliza la miseria y la marginación, y cuya expresión más clara es el aumento de las poblaciones carcelarias y el creciente reclamo de la “tolerancia cero”.

La edición del libro que aquí se reseña fue realizada para América Latina, y surge a partir de dos visitas de William Bratton a Buenos Aires, la última en enero de 2000. En estas visitas, a más de publicitar la “tolerancia cero” como política efectiva para la reducción de la criminalidad basada en una “limpieza de clase” (class-cleansing), Bratton difundió los servicios de su empresa privada de asesoramiento, First Security, y realizó visitas a dos barrios bonaerenses de mala fama, promulgando su patentada idea de que “la desocupación no está relacionada con el delito” (Wacquant 2000: 11).

Las cárceles de la miseria está dividido en dos partes. En la primera, Wacquant descubre los orígenes de una nueva “sensatez penal”, que propone un proyecto de ordenación social de carácter neoconservador, impulsado por los *think tanks* norteamericanos. En la segunda parte, el autor sitúa este discurso en el contexto de una transformación mayor, que trasciende a los Estados Unidos, dirigido al nuevo papel del Estado en el manejo de los problemas asociados a la marginalidad y la pobreza: la criminalización de la miseria y su consecuente penalización. Se responsabiliza al excesivo asistencialismo estatal de fomentar la pobreza y la descomposición social, donde se ubica al

germen de las violencias que aquejan a las ciudades. Hay que dar la espalda a las “políticas comunitarias”, es lo que se resume en la “tolerancia cero” de Bratton. Es por tanto necesaria la transformación -en términos de Wacquant- del Estado providencia al Estado penitencia. Este Estado funcionará como un dispositivo que, al igual que las instituciones disciplinarias de Foucault (1998)³, se ejerce sobre el cuerpo de los ciudadanos a fin de hacerlos dóciles, útiles y neutralizar (o excluir) a sus elementos nocivos y potencialmente peligrosos. El Estado le declara la “guerra al crimen” en busca de la “reconquista” del espacio público.

Sin embargo, como analiza Wacquant, esta política social carcelaria en EE.UU. ha traído una serie de consecuencias: el aumento exorbitante del número de encarcelados en un período en que la criminalidad se estancaba y luego retrocedía (hiperinflación carcelaria), un incremento sostenido en la cantidad de personas en manos de la justicia, en las antecámaras de la prisión, el crecimiento desmesurado del sector penitenciario dentro de la administración pública (que implica el incremento del gasto en el sector penal, cubierto gracias a la disminución del presupuesto invertido en el sector social), la privatización del encierro, que genera una prosperidad de la industria privada de la prisión, y finalmente lo que el autor denomina una “política de *affirmative action* carcelaria”, que se traduce en el ejercicio preferente de la política punitiva sobre las familias y barrios excluidos, particularmente los enclaves negros de las grandes ciudades. Situación que “delata, ante todo, el carácter fundamentalmente discriminatorio de las prácticas policiales y judiciales llevadas adelante en el marco de la

3 Michel Foucault, 1998, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Madrid

política de ‘ley y orden’ de las dos últimas décadas” (p. 101).

Wacquant cierra su libro con un Posfacio que lleva por título “El advenimiento del Estado penal no es una fatalidad”, dando una posibilidad para revertir esta corriente: ya que la utilización de los dispositivos penitenciarios con fines de control social es producto de ciertas decisiones políticas a las cuales es posible oponerse, existe por tanto, la opción de proponer y construir una política social alternativa, que reivindique los derechos sociales y económicos de las personas y promueva el mejoramiento de la calidad de vida en las ciudades.

Dentro de los aportes del trabajo de Wacquant están las sucesivas advertencias que nos hace ante las nuevas prácticas de “social-panoptismo” extendidas desde Estados Unidos hacia Europa, pero que también están encontrando eco en Latinoamérica, asociado a una administración penal de la pobreza urbana. La lectura que se da a las condiciones actuales de inseguridad, así como el sentimiento que la acompaña, está desprovista de una mirada que abarque la complejidad y multidimensionalidad del fenómeno social que se vive actualmente y esto propicia las respuestas institucionales de “sentido común” penal que apuntan a la criminalización de la miseria y, a partir de esto, la conformación de un Estado policial y la privatización de las cuestiones de seguridad, que van configurando un marco paulatinamente más represivo en el que se desarrolla una sociedad que tiene cada vez más miedo.

María Augusta Espín

Estudiante del Programa de Antropología,
Flacso-Ecuador